
Rafael RAMIS BARCELÓ, *La Segunda Escolástica. Una propuesta de síntesis histórica*, Madrid: Dykinson, 2024, 443 pp., 16,5 x 23,5, ISBN 978-84-1070-165-6.

Para los historiadores de la filosofía el título de este libro evoca necesariamente la obra, ya clásica, del jesuita italiano Carlo Giacon, publicada en tres volúmenes, en 1950 (Torino, Nino Aragno Editore), aunque reeditada en numerosas ocasiones (la última en 2001). La obra de Giacon, voluminosa e incompleta con respecto a su plan inicial, pretendía abarcar la escolástica desde el siglo XVI al XVIII, pero llegó solamente al siglo XVII. A Giacon le interesaba oponerse a la bibliografía germánica y vindicar la “italianidad” de los orígenes de esta “segunda escolástica”, de modo que no tenía sentido denominarla “escolástica española”. Según él, 1) la secunda escolástica comenzó en Italia con los comentaristas de santo Tomás (Cayetano de Vio y Silvestre de Ferrara) y solo después pasó a la Península Ibérica (con Vitoria); 2) iniciada por dominicos, y llevada a su apogeo por jesuitas (de ahí el arco desde Cayetano a Suárez); 3) empezó siendo un movimiento esencialmente metafísico y luego tomó una deriva teológico-política; y 4) consistió en una exaltación del tomismo, empezada por los dominicos y seguida por los jesuitas, quienes cultivaron un tomismo que revitalizó la escolástica. Por lo tanto, la obra –en el fondo– era una *laudatio* del tomismo italiano consumado por los jesuitas, con Suárez en la cúspide.

Varias características dan a la obra del profesor Ramis un carácter particularmente valioso. En primer lugar, a diferencia de la de Giacon, esta obra no se propone ser un estudio especulativo, sino fundamentalmente histórico y expositivo, con una ambición de globalidad y, en la medida de lo posible, exhaustividad. Ciertamente, el tomismo ocupa un lugar relevante, como la escuela que más relieve tuvo en estos siglos, pero aparecen también autores y obras de la escuela franciscana, (escotista, especialmente), nominalista y sua-reciana, junto a otras escuelas menores, como la carmelitana o la lulista. Se agradece especialmente el tono equilibrado, sin arbitrarias descalificaciones, por desgracia tan frecuentes entre los estudiosos de una u otra escuela: no hay maniqueísmos a la hora de exponer escuelas o autores. Además, el profesor Ramis hace breves, pero acertadas menciones a la escolástica fuera del ámbito católico. Este hecho resulta especialmente notorio en el ámbito luterano, superada la alergia de Lutero a la razón en general, y a la escolástica en general.

Así pues, se constata el intento de recuperación de la verdadera escolástica que atraviesa también el nervio de la reforma luterana.

En segundo lugar, desde el punto de vista histórico propone, de manera justificada, una triple división cronológica de la segunda escolástica. Su propuesta tiene un enfoque más global, tanto desde el punto de vista geográfico (expone la escolástica en toda Europa) como religioso (se dedican también bastantes páginas a la escolástica reformada), y temporal. En este sentido resulta novedosa la completa periodización sugerida por el autor. En efecto, divide la segunda escolástica en tres periodos, cada uno de los cuales, divididos a su vez en tres etapas. A cada periodo se le dedica un capítulo, precedido de una explicación de las causas del cambio de ciclo, ya sea por causas externas o internas al desarrollo de la escolástica.

El primer periodo de la segunda escolástica abarca desde 1512/1517 a 1607/1617. La primera etapa comprende desde 1517 hasta la convocatoria del Concilio de Trento. En este periodo asistimos a un desplazamiento de los núcleos del pensamiento escolástico del Norte hacia el Sur de Europa y la asunción de las críticas humanistas a través de la enseñanza de la teología positiva; el nacimiento de la teología de la controversia; el afianzamiento del tomismo (en Italia y en España con Vitoria y Soto, iniciadores de la Escuela de Salamanca). La segunda etapa abarca el Concilio de Trento, caracteriza por la apuesta por la teología escolástica –frente a la teología humanística–; la difusión del tomismo salmantino y los primeros pasos del pensamiento jesuítico. La tercera etapa comprende desde 1563 hasta 1607-1617, donde tienen lugar algunas metamorfosis de las corrientes tardomedievales: junto a la consolidación del tomismo italiano y salmantino, se desvanecen otras corrientes (averroísmo, nominalismo, platonismo) y una cierta recuperación del escotismo, bonaventurismo y lulismo. La Compañía de Jesús conoce su esplendor teológico con autores como Fonseca y los Conimbricenses, Molina, Bellarmino, Valencia, Vázquez y Suárez. Y tienen lugar las dos grandes polémicas: la de Miguel Bayo y la Universidad de Lovaina; y la *de auxiliis*, entre Molina y Báñez.

El segundo periodo (1607/1617-1665/1670) es el que se consuma la configuración de las tres grandes escuelas (tomista, escotista y jesuítica), el nacimiento de la escolástica en lengua vernácula, y los inicios de la “escolastización” de la mística. La primera etapa comprende desde 1607/1617 a 1637, en el que se publica el *Cursus Theologicus* de los carmelitas descalzos de Salamanca. La segunda etapa comprende desde 1637 a 1665-1670, años en los que se publican las obras de Descartes, Jansenio y Hobbes. Frente a ellas, se hicieron

varias propuestas de renovación, como la de Gassendi, Caramuel, etc. El tomismo salmantino sigue teniendo vigor especulativo con Juan de Santo Tomás o Godoy.

El tercer periodo comprende desde 1665 a 1773, donde se puede evidenciar el agotamiento del proyecto de la escolástica. La primera etapa de este tercer periodo, comprende desde 1665/1670 hasta 1705. Se constata la decadencia del tomismo frente al suarismo que gana fuerza en los centros universitarios, y el eclecticismo de escuelas que se extiende de diversos modos. La segunda etapa abarca desde 1705 a 1740 y está marcada por el triunfo del mecanicismo y de la filosofía de Wolff. Ante la pujanza de la filosofía moderna la Compañía de Jesús sigue una triple vía: la tradicional, el suarismo y el intento de conciliación con las ideas seculares modernas. La tercera etapa abraza desde 1740 a 1773, donde se consuma la incapacidad de la escolástica tradicional por mantener las tesis tradicionales, y la conciencia de la necesidad de un *aggiornamento* filosófico y teológico; el racionalismo imperante afecta también a los sistemas teológicos, y la voluntad de configurar una escolástica ecléctica, con ideas seculares modernas, auspiciada por los jesuitas y por autores de otras órdenes preludian un final de época.

Evidentemente, toda intento de periodización es susceptible de debate, pero al menos la que aquí presenta el autor no es arbitraria, sino razonada y coherente. Por otro lado, la cantidad de autores y obras reseñados es inmenso, y lógicamente, puede haber alguna omisión. Por ejemplo, no aparece reseñada la obra del dominico Francisco García, el *Tratado utilísimo y muy general de todos los Contratos* (1583), que recoge de manera muy amplia la doctrina de los autores de la Escuela de Salamanca sobre los contratos. También, por otro lado, la sumaria descripción de autores o hechos descritos merecería una explicación más detallada y precisa. Así por ejemplo, no se entiende muy bien qué se quiere decir (parece que de modo negativo) con que se da una progresiva escolastización de la mística. De esta deriva se hace responsable a Báñez (p. 121), pero sin mencionar el apoyo incondicional a la gran mística Teresa de Jesús. Asimismo, se habla de que el “tomismo estricto” quiso dejar fuera de combate al hebraísmo, cuando precisamente, una vez pasado el furor inquisitorial, el libro *Hypotyposeon* de Martínez Cantalapiedra, emblemático del hebraísmo, fue aprobado en 1577, y contó con diversas ediciones posteriormente. Lógicamente, merecería un estudio monográfico la suerte que corrió el hebraísmo en la teología posterior, y no puede satisfacer del todo un juicio sumario sobre la cuestión.

Las limitaciones apuntadas no menoscaban el gran valor de esta obra casi monumental; por ejemplo la bibliografía utilizada abarca 70 páginas (pp. 366-435), lo que da idea de la amplísima documentación manejada en esta obra. Una advertencia del autor: el libro no cuenta con la ayuda de un índice de nombres, que sería amplísima; pero esto tiene su explicación en que se trata de un libro para ser consultado en versión electrónica, donde las búsquedas están facilitadas enormemente, haciendo ociosos los amplios índices onomásticos de una obra de por sí ya de cierta extensión.

Se trata, sin duda, de un obra de obligada lectura para quien desee adentrarse en los procelosos mares de la historia de la escolástica; incluso para conocer mejor la filosofía (y teología) moderna, pues en estas páginas aparecen también las figuras de los grandes filósofos modernos (Descartes, Malebranche, Pascal, Arnaud, Galileo o Newton) y de qué manera dejaron huella en los escolásticos modernos.

José Ángel GARCÍA CUADRADO
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.56.3.752